

254.—**Razón.** *Tlaacicayotl. Ixtlamatiliztli.*—El primer vocablo es un sustantivo abstracto derivado de *tlaacicaqui*, comprender algo, alcanzar á saber; derivado de *aci*, llevar con la mano ó alcanzar con ella adonde algo está. Ninguna metáfora más exacta que ésta para denotar la razón, la facultad de discurrir. El que discurre bien, *alcanza* mucho. Nosotros también decimos que una persona es de pocos ó muchos *alcances*, según que sabe ó no discurrir.

*Ixtlamatiliztli* se deriva de *ixtlamati*, ser experimentado, usar de razón ó prudencia, ó hacer gestos y visajes; compuesto de *ixtli*, cara, y de *tla-mati*, decir gracias ó donaires. No se percibe el sentido etimológico de la palabra.

255.—**Pereza.** *Tlatzihuitzli ó Tlatzihuiliztli. Cuítlatzollotl. Quitemmatiliztli.*—*Tlatzihuitzli ó Tlatzihuiliztli* se deriva de *tlatzihui*, ser perezoso; cuya radical *tzihui* no tiene significación conocida.—Se usa también *tlatzihuicayotl.* (V. núm. 49).

*Cuítlatzollotl* significa propiamente "negligencia," "molice," "farsante," y es la forma abstracta de *cuítlatzolli*, negligente, perezoso, que se deriva de *cuítlaxoa*, reblandecer.

*Quitemmatiliztli* significa también "indolencia," "negligencia," "pesadez," y se compone de *qui*, partícula que precede en algunas personas á ciertos verbos y que conservan los nombres derivados de ellos, y que significa "el que," "la que;" y de *temmati ó temati*, que tiene la misma significación que el compuesto, y se compone de *tentli*, orilla, labio, y de *mati*, cuyas significaciones son tan diversas, que no puede señalarse la que determine el sentido etimológico de la palabra.

FIN

## FÉLIX Y NO FÉLIZ.

(A José Miguel Macías.)

Por una *feliz* casualidad llegó á nuestras manos el número 153 del periódico *El Universal*, y en él leímos un artículo, suscrito por el Sr. D. FÉLIZ Ramos y Duarte, en el que el reputado etimologista expone con profunda erudición y copia de doctrina, que debe escribirse *Félix* y no *Félix*; y, obsecuente á su propia convicción, adopta desde luego en su signatura el neologismo que pretende introducir.

El argumento capital que aduce el Sr. Ramos para demostrar su tesis neográfica, es la identidad etimológica ó de origen de los vocablos Félix y feliz, aunque uno sea nombre de varón, y el otro un adjetivo que denota la calidad de dichoso, afortunado, próspero ó fausto. Juzgamos innecesario el acopio de citas que hace el articulista, de diccionarios nacionales y extranjeros, para hacer patente que el origen de ambos vocablos es idéntico; pues aun cuando en remotos tiempos se llegó á creer que *felix* procedía de la palabra *helix*, hélice, el maestro de latinidad de Isabel la Católica (\*) refutó tamaño absurdo, y nadie después de él ha insistido en sostenerlo. No faltó también, en los tiempos del bajo latín, algún etimologista, que, engañado por la vi-

(\*) D. Antonio de Nebrija.

ciosa ortografía, *felix*, el gato, atribuyera el mismo origen á *Félix*, nombre de varón, y que le diera la significación de *taimado*, *hipócrita*, *receloso* y de otras propiedades características de los animales de la raza felina; pero Roque Barcia, siguiendo las huellas de ilustres filólogos, ha hecho observar que *felix*, el gato, es un barbarismo; porque el vocablo genuino de la pura latinidad, es *felis* ó *feles*.

Hubiérale bastado al neólogo que tenemos el honor de combatir, recordar que los romanos daban el sobrenombre de *Felix*, en el sentido de *fausto*, *próspero*, ó *fecundo*, á sus dioses, á sus héroes y á sus guerreros triunfadores, y nos hubiera persuadido de la identidad de origen de los dos vocablos. Venus *Felix*, era la diosa de la fecundidad. Mercurius *Felix*, llamaron los latinos al Hermes de los griegos y al Thoth de los egipcios; *esto es*, al que miraban los pueblos idólatras como al padre de todas las ciencias; como al inventor del lenguaje, del alfabeto, de la escritura, de la geometría, de la aritmética; como al fundador de la religión y de las ceremonias; como al creador de todas las artes; en una palabra, como al creador *fecundo* por excelencia. Sila, el soberbio dictador romano, el que llevó sus armas triunfantes á Capadocia, á Pompeya y á la misma Roma; el vencedor de Atenas, de Queronea y de Orcomeno; el que cambió la constitución de la república y debilitó la democracia; el que derramó la sangre á torrentes degollando á 7000 soldados en el circo; ese tigre humano, viendo que la fortuna le sonríe y que un buen éxito coronaba todas sus empresas, se dió á sí mismo el sobrenombre de *Felix*, *esto es*, el *Afortunado*.

Está, pues, fuera de duda que los latinos elevaron el adjetivo *felix* á la categoría de sustantivo, bajo la forma de *Felix* en el caso recto ó nominativo, y que en consecuencia, es indiscutible que el origen del segundo vocablo no puede ser distinto del primero.

Pero por sólida que sea la base de la identidad de origen de las palabras castellanas *Félix* y *feliz*, no es suficientemente amplia para sustentar el edificio que se propone construir el Sr. Ramos.

A riesgo de que se nos califique de pedante, tenemos que exponer una parte de la doctrina relativa á los orígenes del castellano en su atingencia con el latín, para que quede demostrado metódicamente el vicio del neologismo que rehusamos admitir.

Entre las diversas reglas descubiertas por la fonética, hay una que debe considerarse como la ley fundamental de la transformación del latín en castellano, y que enunciaremos en los términos siguientes:

EL ACENTO LATINO SUBSISTE SIEMPRE EN CASTELLANO.

Esto quiere decir que el acento tónico permanece en castellano en la sílaba que ocupaba en latín, ya sea que esta sílaba haya sido la penúltima como en *amáre* (amár), *páter* (padre), ó la antepenúltima, como *discípulus* (discípulo), *durábilis* (durable), *pietáte*, (piedad). Se vé, pues, que la sílaba acentuada en el latín es también la sílaba acentuada en castellano. Esta regla tiene algunas excepciones; pero de ellas y de su fundamento hablaremos después.

Respecto de las otras sílabas no acentuadas ó *atónicas*, como las llaman los alemanes, enseña la fonética diversas reglas que sería prolijo enumerar; pero, por lo que hace á nuestro propósito, sólo diremos, que de las vocales que se encuentran en las sílabas posteriores á la tónica, se pierde generalmente la vocal de la última sílaba en el ablativo singular de los nombres de la tercera declinación latina, cuando la sílaba acentuada la precede inmediatamente, como *honóre* (honor), *castitáte* (castidad), *ratione* (razón), *sermóne* (sermón), *virtúte* (virtud), *Beatríce* (Beatriz), *coturníce* (codorniz), *cervíce* (cerviz), *lúce* (luz), *crúce*

(crúz), y tantos otros vocablos que forman el caudal de voces *agudas* que, alternando con las graves y esdrújulas, hacen tan variada y eufónica la tónica castellana. Cuando la sílaba tónica es la antepenúltima en los ablativos de los nombres de la tercera declinación, se conservan, por regla general, las vocales de las dos últimas sílabas, como *códice* (códice y código), *silice* (silice), *bómbice* (bómbice), *hélice* (hélice), *vértice* (vértice). Se vé, pues, en estos ejemplos, que el esdrújulo latino se convierte en esdrújulo castellano, y que el vocablo grave latino se muda en agudo castellano.

Se habrá observado en los ejemplos anteriores, que la inflexión latina *ce* se convierte en *z* en las voces que pasan à ser agudas al castellano, y que subsiste esa inflexión *ce* en las voces esdrújulas. La razón de esta diferencia la encontraremos en la eufonía que caracteriza al castellano. Perdida la *e* en la última sílaba cuando á esta precede inmediatamente la tónica, quedaría la *c* como letra final de la palabra, *cervice* (cervic), *cruce* (cruc), *perdice* (perdic), y para evitar la cacofonía se substituyó con la *z*, que es la letra afine y la articulación fuerte de la *c* en las sílabas inversas.

Creemos que esta exposición bastará para persuadir al Sr. Ramos de que el uso de la *z* en las voces *perdiz*, *falaz*, *audaz*, *cruz*, etc., etc., no es rutinario, ni motivo de *escándalo*, y de que puede sufrir el más riguroso examen á la luz de los principios de la etimología.

Antes de hacer aplicación de las reglas que hemos expuesto, á las palabras *Félix* y *feliz*, recordaremos una observación etimológica que hemos dejado entrever en los diversos ejemplos con que hemos ilustrado la doctrina:

EL CASTELLANO HA ROMANCEADO LOS NOMBRES LATINOS, TOMÁNDOLOS DEL ABLATIVO SINGULAR, Ó DEL NOMINATIVO CUANDO SON INDECLINABLES.

Esta traslación se ha verificado unas veces conservando las palabras todas sus letras, de suerte que son homógrafas, y otras, sufriendo adiciones, supresiones ó permutaciones de letras, obedeciendo, no al orden lógico, sino á la variedad y á la eufonía, y no de una vez, sino lentamente y con el transcurso de los siglos. Musa, templo, elemento, divino, oráculo, no son más que los ablativos de *musa*, *templum*, *elementum*, *divinus*, *oraculum*. La desinencia castellana *dad* ó *idad* no es sino la desinencia latina *tate* ó *itate* del ablativo de la tercera declinación, *veritate*, *veritat* (como se dijo en el siglo XV), verdad; *libertate*, *libertat*, libertad. La desinencia *on* no es más que el *one*, suprimida la *e*, del ablativo de los nombres latinos equivalentes, oración, ración, ocasión, legión, vienen de *oratione*, *ratione*, *occasione*, *legione*. Del ablativo *comite*, se hizo primero *comte* y después *conde*.

No hemos más que apuntado algunas leyes de la lingüística, aquellas que bastan para que al fin de este artículo podamos presentar nuestra tesis como un simple corolario; pero la filología moderna posee un conjunto de leyes invariables, según las cuales se va desarrollando el lenguaje normándolo en todas sus transformaciones, y debido à este progreso, la etimología es hoy una ciencia, que, como dice Brachet, ha entrado al concierto de las ciencias de observación. Es verdad que los idiomas neolatinos no comportan el rigor filosófico de la teoría lingüística, y que en sus modificaciones influyen un sin número de causas que alteran su simplicidad, como los orígenes *populares*, los orígenes *extranjeros* (ámbos sancionados por el uso), la variedad, la eufonía y, á veces, hasta las condiciones etnológicas; en cuya pluralidad de causas están fundadas las excepciones de las reglas de la etimología, que lógicamente deberian ser invariables. Pero también es verdad que los neólogos, esto es, los que pretendan introducir en el lenguaje una palabra nueva ó reformar las que ya están en uso, deberán hacerlo ajustando su procedi-

miento á las rigurosas leyes de la lingüística y no invocando las excepciones de esas mismas leyes. El ortopedista nunca puede apoyarse en la teratología. Los monstruos son las excepciones del reino animal, y nunca deben tomarse como modelo.

Ahora bien, el neologismo FÉLIZ ¿comporta el rigor etimológico? Vamos á verlo.

El vocablo latino *felix* ó *felix*, feliz, lo emplearon los romanos primitivamente como simple adjetivo ó calificativo; caracterizando después á algunos de sus dioses y de sus héroes, fué elevado á la categoría de epíteto; y pasando después á los hijos ó á los libertos de los héroes, acabó por convertirse en patronímico. Bajo este último aspecto, ya se consideró como nombre propio, y por eso se escribió con la inicial mayúscula, *Felix*. Aunque los nombres propios de persona no eran indeclinables entre los latinos, sin embargo, el castellano, al romancearlos, tomó algunos del caso recto ó nominativo y no del ablativo, y en este número se encuentran *Felix* y su derivado *Felicitas*. Los sufijos latinos *ex* é *ix* al pasar al castellano quedan homógrafos, pues no sufren alteración ninguna, como se ve en *silex*, *onix*, *phenix*, y en unas cuantas voces que tomamos del nominativo latino, sin que por esto se dejen de usar algunas en el ablativo, como *silice*, *ónice*. Si, pues, queda intacta la palabra, ¿por qué se ha de convertir la *x* de *Felix* en *z*? ¿Habrá quien se atreva á escribir *óniz*, *síliz*? Creemos que no. Pues ¿por qué se quiere escribir *Féliz*?

Si se hubiera tomado el *Felix* castellano del ablativo latino *Felice*, ó hubiera conservado la misma forma, como la conservó el adjetivo mucho tiempo en el lenguaje vulgar, y como la dicen todavía los poetas harto á menudo, *felice*, *infelice*; ó hubiera seguido la misma suerte del adjetivo, que convirtió la inflexión *ee* en *z*, quedando la voz aguda por la regla de la *persistencia del acento latino en la misma sílaba castellana*, y se hubiera escrito

*Feliz*, *feliz*; porque el adjetivo *felix* al tomar las inflexiones *icis*, *ici*, *icem*, *ice* de la declinación, hace larga la primera *i* y en ella cae el acento tónico; y siendo la sílaba acentuada la penúltima, pierde la *e* el ablativo, la *c* final se convierte en *z* y la voz queda aguda.

Algunos pretenden que la palabra *Felix* latina, al tomar las inflexiones de la declinación conservó el acento tónico en la *é* y no en la *i* penúltima como el adjetivo; de suerte que el ablativo *Felice* es esdrújulo, y *felice* es grave. Si esto es cierto, habrá sucedido en los tiempos del bajo latín, porque en el clásico diccionario latino de los Sres. Miguel y Morante, tanto *Felicitis* como *felicitis* tienen la penúltima sílaba larga, y por lo mismo la tónica es la misma en ambas voces. Pero queremos admitir esta diferencia, y considerar á *Felice* como esdrújulo; entonces la sílaba tónica en castellano es la primera, y las dos sílabas atónicas se conservan, según las reglas que hemos expuesto, y el vocablo pertenecerá á la familia de *hélíce*, *vértice*, *silice*, *ónice*, *vórtice*, *códice*, etc., y se deberá escribir *Félíce*.

El Sr. Ramos cita en apoyo de su neologismo las voces *Cádiz*, *lápiz*, *váriz* y *cáliz*, y quiere aumentar esta familia de monstruos con el recién nacido *Féliz*. *Cádiz* es una corrupción de la voz púnica *Gadir* ó *Gades*, y *lápiz* está tomada del latín *lapis*; por consiguiente no pertenecen al grupo de voces de que estamos tratando, que son las acabadas en *ix* en el latín; y si tomaron la *z* final fué bárbaramente y no obedeciendo á algún precepto etimológico. En cuanto á *váriz* y *cáliz*, que sí son de la familia, pues vienen de *varix* y *calix*, diremos, respecto de la primera, que la voz castiza es *várice*, y así la pronuncian los médicos, que al fin se cuidan más de la etimología que las gentes del pueblo; y respecto de la segunda ó sea *cáliz*, diremos también, que es un vocablo vicioso en su estructura, pues siendo esdrújulo el ablativo latino *calice*, debió haber conservado esta

misma forma, como *hélice*, *vértice* y todas las que hemos citado como ejemplos de la ley etimológica por la que se rige la perfecta transformación del latín en castellano.

Nos lisongeamos de haber demostrado que el nombre latino *Felix*, sólo pudo pasar al castellano, sabiamente, bajo las formas FÉLIX, FÉLICE, ó FELIZ; y que por lo mismo es inadmisibile el neologismo FÉLIZ.

*Cecilio A. Robelo.*

Cuernavaca, Febrero 10 de 1889.



## ¿Qué día es . . . . ?

En una reunión oí hacer esta pregunta:

¿Qué día fué el 16 de Septiembre de 1810? ¿Lunes, martes . . . . . ?

—Fué un domingo, respondió un joven.

Poco tiempo después se quiso saber en qué día habia dado Hidalgo *la batalla del Monte de las Cruces*, que fué librada el 29 de Octubre del mismo año, y el mismo joven contestó con presteza: fué un lunes.

—Pero este joven, dijo una vieja de la reunión, es un verdadero calendario del año de 1810.

—Mejor diga vd., replicó el joven, que soy un calendario perpetuo de todos los años pasados y futuros de la Era cristiana. Empleo un procedimiento muy sencillo que voy á enseñar á ustedes, y luego que lo hayan aprendido serán tan sabios como yo.

\*  
\*\*

Cada año está representado por un número que llamaré *número anual*, los meses por un *número mensual*, los dias por un *número diario*. Despues diré cómo se retienen en la memoria estos tres datos. Pondré primero un ejemplo:

el residuo de la división de 31 por 7 es 3, *número mensual de Febrero.*

Febrero tiene 28 días: *el número mensual es 3.*

$$28 + 3 = 31$$

el residuo de la división de 31 por 7 es 3, *número mensual de Marzo.*

Noviembre tiene 30 días: *el número mensual es 3.*

$$30 + 3 = 33.$$

el residuo de la división de 33 por 7 es 5, *número mensual de Diciembre.*

Ahora sí ya se puede enunciar la regla que se había prometido.

*Se suma el día del mes, el número mensual y el número anual; el residuo que se obtiene, dividiendo por 7 la suma encontrada, es número Diario.*

Terminaré esta primera parte con dos ejemplos:

¿Qué día será el 1º de Enero de 1901, ó sea el primer día del siglo XX?

Día del mes.....	1
Número mensual.....	0
Número anual.....	1
	—
Suma .....	2

Esta cifra representa un *martes*.

¿En qué día cae el centenario del *Grito de Dolores*? (15 de Septiembre de 1910.)

Día del mes.....	15
Número mensual.....	5
Número anual.....	5
	—
Suma.....	25
	—
Residuo.....	4

El 15 de Septiembre de 1910 será un *jueves*.

Con este método puede proponerse otra investigación. Sucede que al tiempo de fechar una carta no se acuerda uno del día del mes y sí de la semana. Por ejemplo, sé que hoy es sábado, pero no me acuerdo á *cuántos estamos*. Es el mes de Octubre y me acuerdo de que ya pasó el día 15. Por el método expuesto averiguo que el 15 fué un *domingo*, y diré mentalmente: domingo 15, lunes 16, martes 17, miércoles 18, jueves 19, viernes 20, *sábado* 21.

Una hermosa joven que contaba cinco lustros interrumpió al adivinador de fechas, y con voz melíflua, y asomando el rubor á su semblante, le preguntó si podría decirle cuántos viernes 13 habria en el año de 1889.

El joven adivinador le contestó que á título de curiosidad podría resolverse con su método ese problema; pero que siendo necesario plantear y resolver una ecuación muy complicada, se abstenía de exponer la aplicación; y después de trazar unos cuantos números y letras en una hoja de su cartera, le dijo á la joven que en 1889 caerían en *viernes* el 13 de Septiembre y de Diciembre.

La joven interlocutora se mostró muy conmovida al oír esta respuesta, y no pudo disimular cierta angustia.

Alguien que estaba á mi lado me hizo saber que imploraba por la intercesión de San Francisco de Paula un *no-*

vio que la llevara al altar, y que una beata le habia hecho creer que el *Mínimo de Dios querido* sólo concedia á sus devotos esta gracia en los años que tenían *tres viernes 13*.

Luego que supe la causa de la aflicción de la joven, me apresuré á preguntarle al adivinador si podría darme una fórmula con la que generalizando el problema pudiera averiguarse en qué años habia viernes 13.

El joven escribió la siguiente ecuación:

$$\begin{aligned} 13 + x + g &= \text{mult. } 7 + 5 \\ 6 + x + y &= \text{mult. } 7 + 5 \\ x + y &= \text{mult. } 7 - 1 \\ x + y &= \text{mult. } 7 + 6 \end{aligned}$$

Esta ecuación nos da à conocer, añadió el joven que los números anual y mensual deben sumar 6.

Si el número anual es:	El número mensual será:
0 .....	6 = Abril, julio.
1 .....	5 = Septiembre, diciembre.
2 .....	4 = Junio.
3 .....	3 = Febrero, marzo, noviembre.
4 .....	2 = Agosto.
5 .....	1 = Mayo.
6 .....	0 = Enero, octubre.

En un año común ó no bisiesto, el mínimum de viernes 13 es *uno*, el máximum es 3.

Luego que la joven devota de San Francisco oyó esta última palabra, con ansiedad mal contenida preguntó: ¿cuál es el primer año que tendrá tres viernes 13? El adivinador, sin comprender la intención de la pregunta, con-

testó friamente: *el año de 1891*. La joven exhaló hondo suspiro.

—Y la tabla anterior ¿sirve para todos los años? le pregunté al *joven-calendario*.

—No señor, para los bisiestos se hace uso de una tabla que se obtiene borrando despues del *primer* número anual los meses posteriores à Febrero, y, al frente del segundo, los meses anteriores à Marzo.

—Hela aquí:

Y escribió la tabla siguiente:

	0 } Septiembre, diciembre.
	1 }
(1884)	1 } Junio.
	2 }
	2 } Marzo, noviembre.
	3 }
	3 } Marzo, noviembre, agosto.
	4 }
	4 } Mayo.
	5 }
	5 } Octubre.
	6 }
(1888)	6 } Enero, abril, julio.
	0 }

Por último, debo advertir que el ciclo completo de los calendarios es de veintiocho años. Transcurrido este número de años, los números anuales se suceden como ántes, tanto en los años bisiestos como en los comunes:

1 <sup>er.</sup> año	.....	0	16	año	.....	{ 4	
2	—	.....	1	17	—	.....	{ 5
3	—	.....	2	18	—	.....	{ 6
4	—	.....	{ 3	19	—	.....	{ 0
5	—	.....	{ 4	20	—	.....	{ 1
6	—	.....	5	21	—	.....	{ 2
7	—	.....	6	22	—	.....	{ 3
8	—	.....	0	23	—	.....	{ 4
9	—	.....	{ 1	24	—	.....	{ 5
10	—	.....	{ 2	25	—	.....	{ 6
11	—	.....	3	26	—	.....	{ 0
12	—	.....	4	27	—	.....	{ 1
13	—	.....	{ 5	28	—	.....	{ 2
14	—	.....	{ 6	29	—	.....	{ 3
15	—	.....	0	30	—	.....	{ 4
			1	31	—	.....	{ 5
			2				{ 6
			3				{ 0

Esta observación puede servir para encontrar rápidamente el número correspondiente à un año lejano. Así, hace veintiocho años, el año 1860 tenía como 1888 por número anual 6 y 0.

Mas no se crea por esto que el número anual de 1916 (1888+28) será también 6 y 0, porque el año 1900 no será bisiesto sino en Rusia, si esta nación sigue repugnando la reforma gregoriana.

CÉCILIO A. ROBELO. (\*)

(\*) Este artículo ha sido escrito con vista de otro, escrito en francés por Jules Perroux, en el que plantea y resuelve bajo otra forma los problemas cronológicos que hemos expuesto.

## SETENTA REGLAS

DE

# ORTOGRAFIA GASTELLANA.